

María Luisa la China Mendoza es una escritora excepcional, lo es de literatura y también de periodismo. En ambas tareas ha mostrado una sorprendente originalidad, una asombrosa naturalidad para jugar con el lenguaje. En ella lo que conocemos como Nuevo Periodismo, según la definición del norteamericano Tom Wolfe, la mezcla de literatura y periodismo es parte de su ser más íntimo. Su prosa se toma libertades en ambos casos. Sus comentarios periodísticos, sus cuentos y novelas tienen un estilo peculiar e irrepetible: el suyo, el que no tomó de nadie, el que le viene muy de lejos, de sus lecturas iniciales, de sus dichos populares aprendidos en la niñez, el estilo audaz de un Joyce o un Borges. Es una síntesis de tantas cosas hermosas que la lista se alargaría hasta hacerse infinita. La China Mendoza no se detiene ante nada, si una palabra no le satisface, pues con toda sencillez inventa una nueva o con- juga a su gusto. Es una delicia leerla, adentrarse en su sintaxis tan ori- ginal y novedosa, escuchar sus conferencias agudas. Sus cuentos y novelas se quedarán entre nosotros y muchas más generaciones segui- rán disfrutándolos. Es una mujer admirable y una de las mayores escri- toras de México, cita obligada junto a Sor Juana, Elena Garro, Inés Arre- dondo y Rosario Castellanos.

María Luisa Mendoza ha cumplido años. Sus amigos y admira- dores la festejamos. *El Búho* no puede quedarse atrás, es su casa, aquí la hemos tenido tantas veces que ya perdimos la cuenta. Para sumar- nos a la fiesta hemos seleccionado uno de sus sorprendentes relatos. Y una admiradora suya, Patricia Rosas Lopátegui le dedicó un poema. La- mentamos no poderle dar más, a ella, a La China, una escritora que me- rece mucho más.

El Búho

Belle Époque ad infinitum

PATRICIA ROSAS LOPÁTEGUI

Para la sin par, China Mendoza

De periódico en periódico
mariposa Puck
luciérnaga cohetera que sólo brilla
ante el poder chisporroteante de las letras
los ojos de la China
revolotean muy campantes
desde la A hasta la Z.

Avasallada por las noticias del día
amasadas con su vida
vacía su palabritud en una maquinita de hacer ruido

Para la memoria histórica

(Archivo coleccionable)

HOMENAJE A MARÍA LUISA LA CHINA MENDOZA

la Olivetti güirigüiri
querencia de su otredad.

Sin ton ni son
toma por los cuernos
a la Real Academia Española;
no la torea
rompe los platos viejos
la enfrenta y recrea.

Agarra la O por lo redondo
por lo plano, triangular
y hasta por lo octogonal
pero eso sí
a lo cuadrado no le entra.

China, Chinita, Chinaguateense
Chinamexica

el verbo mismo por naciencia

la sangre de Tlatelolco
esparce tu valentía
te lleva inserta en sus días

y jamás de los jamases
te olvida.

17 de mayo de 2009

*Regla de tres**

MARÍA LUISA MENDOZA

Con mi enemiga en mi casa...

Al pensar en ella y en él, me sobrevienen tal cantidad de historias instantáneas como si estuviera soñándolas. Yo no creo en algo que contar lineal y derecho, del pe al pa, sino que cada personaje de una historia está lleno de secretos apartes, con otros personajes ahogados por vidas y vidas; cada uno es un libro lleno de libros. Contar las cosas de la pareja, ésa que viví, darle en las mataduras. Empezar por Eugenia mi hermana, el instante en que la vi accidentalmente desde la ventana de mi oficina. Todavía la distingo nítida con su trajecito de una pieza color chicle en su cuerpo de vainilla; muchachamuchacho, larga, irónica, cachonda, que al moverse daba la impresión de reír socarrona; su cabello corto y lacio pesaba; la boca era grande y definitiva, llena, con picos -tres- en el centro de los labios como si de pronto milagrosa fuera a volar -papalote-; ojos redondos de *clown*; piernas apotrilladas, sinuosas y delgadas no obstante, de tobillos apenas que punteaban en los tacones de agujas; el perfil anhelante -yo lo miraba, y ella y su perfil lo miraban a él- hacia arriba en la contemplación de Gonzalo quien hace señales impacientes con mano y

brazo a un taxi para que se detenga. Las manos de Eugenia se enlazan al brazo de Gonzalo. Un auto móvil para y alcanzo a distinguir la lentitud con la que se desprende la cadena de oro que trae Eugenio al cuello y resbala mientras ella sube y Gonzalo también; no oigo el ruido que hace la portezuela al cerrarse ni tampoco ellos mis gritos detrás del cristal de la ventana, y sin embargo puedo jurar que oí la campanada de la joya al caer sobre la banqueta. Lo importante era entonces la belleza de ambos, el color similar moreno claro que los iguala en sus apariencias contradictorias, ella breve y voluntariosa, relampaguea de fuerza concentrada, él alto, elegante y débil en su interior, con una suavidad que aflora; ella más franca en el tono aceitunado, moro; él más tímido en el cocoa de la piel, ambos arrebolados, chapeteados, como si hubieran sido pinceleados con polvos rosas, bermellón, encima de la piel frutal y limpia. Los ojos de Gonzalo son amarillos felinos y los de Eugenia agatados verdes, los dos viven sin peinar, libres, recién bañados, maniáticamente asépticos, si se les metía la mano en el cabello estaba siempre húmedo. Entonces y hoy eran personajes de música olímpica, se antojaba hablar de ellos y de corredores de larga distancia, de alpinistas, de jinetes, sentarse a su lado en la hierba, junto a un río que deslice lanchas en regata. Son la ropa blanca o el *tweed* inglés, las toallas o las bufandas y los suéteres. Por ejemplo otra vez: si evoco a Gonzalo trae irremisiblemente una camisa azul pálida con el cuello abrochadas las puntas con botones; a mi hermana la identifican los pantalones de pana y las camisetas; están gritando ambos hu-

rras a nadadores en un hangar cerrado; a quienes se trompean y sudan y brillan de tanta luz amarilla del Madison Square Garden; ya son de película de los treinta: smoking, puro y sombrero, vestido de plata y una piel acisnada, una boa de plumas negras; el campeón los saluda con su puño monstruoso de cuero y guata. Scott Fitzgerald y Carol Lombard les hacen los mandados; gente del sport, el set y el aire, abonados de un piso en el Hotel Plaza de Nueva York.

Lo que quiero decir es cuán difícil me es describirlos y cómo me pierdo en imágenes y sensaciones, quizá atrapada en la inteligencia visual y alegre con la que se trasladan por la vida esos dos pedazos míos: la risa de Eugenia, mazo destructor del orden, motor que incita a locuras de palabra y obra; el sentido del humor gonzalino, como le decíamos, tan aparentemente inofensivo y bien educado. «Caballito» le dije a mi hermana que al caminar trotaba, niña-niño, overol infantil y ropa masculina en la adolescencia para ser ese enlazamiento maligno y puro, inocente y pervertido. Tuvo desde que me acuerdo una femineidad extraña de lámpara nocturna, veladora para la fiebre o el temor; era flor de piel, gitana de seda negra. Mi envidia sus rodillas de colina, deslizantes, panecillos tibios. Para diagnosticarla en sus síntomas hermosísimos basta recordar sus miradas voluntariosas llenas de curiosidad. En verdad ella embelleció a Gonzalo con su amor, no puedo imaginarlo en otro medio y sin Eugenia, hubiera sido un hombre guapo más que se quedó en proyecto; Eugenia trabajó su triunfo opacándose ¡qué curioso! le ofreció su sombra, su aniquilarse, y como era fuego muchas veces no pudo ocultar la llama o el humo de su talento para bailar, reírse

sin fin, caricaturizar cuanto pasaba a su lado dándole categoría definitoria en un apodo genial. Eugenia peleó por el hombre que quiso como gladiadora, tal vez inútilmente puesto que Gonzalo, el amado de todas, no tenía fuerzas para decidirse por nadie y aceptó ser propiedad, no propietario.

–Soy la única de tus mujeres que no me acosté contigo...

Eugenia exótica, creada para vivirla y tocarla. Asedió a Gonzalo desde que traíamos faldas cortas y cuellos blancos; una tarde llegó Gonzalo a trabajar con mi padre Joaquín, el abogado. Estudiaba Leyes y su familia temía por la dispersión que Gonzalo escogió como el desfogue a su juventud: tantito fungía de rey del billar como el mejor centro delantero, el dibujante, el escritor, el que tocaba el piano en las fiestas y también, para compensar, un estudiante bueno. Naturalmente con mi padre fue aprensado por reglas y horarios y la voluntad de Eugenia. En el momento en que los tres nos encontramos, la vida de Gonzalo quedó escrita, patentada, en la trampa.

–Todavía estamos a tiempo mi Purita ¿o qué ya se te acabó el rencor?...

El abogado nos dio una casa inolvidable, amasada en el estilo inglés ya muy criollo, muy mezclado: su distinción en tierra mexicana era un juego de arquitectura misteriosa, más por la oscuridad umbría que le daba el enorme roble apretado de toldos y ramas. Ese personaje vivo y déspota árbol reinaba con su ternura y susurros, sus amenazas y frescuras; y su plática, su habla de troniditos y roces: el alma sonora. Plantado en lo alto del terreno en de-

clive, que se inclinaba desde la calle escalonado hasta la casa, el gigante era meneo y discurso verde; sus raíces de mil años sostenían la misma geografía de esa parte citadina donde antes corrió un bronco río hoy convertido en viaducto. La copa caía a la calle testereando la verja. Ése fue el paisaje del amor de ella por él y del mío también, el del silencio. Yo pensaba y Eugenia hacía, dejadas de la mano de mi padre ocupado y ojeroso y mi madre en el amor de esposa abandonada huyendo primero y luego de lleno en la enfermedad de los dolores de cabeza: mi madre bajo edredones dormida; prohibido ponerse en el cabello perfume, prohibido bañarse con jabón de olor; a gritos nos rechazaba pidiendo piedad hasta sumergirse de nuevo, con la inyección y las pastillas, en el ensayo de la muerte. Era drogadicta. Fin a las fiestas de merienda trepando todos al roble para jugar; se acabaron reuniones de gente grande contando chismes junto a la escalera, el juego de naipes, las cenas con velas encendidas, los bailes finales de parejas apretadas. Así nos enteramos de gajos que nos revelaban algo de la vida real de mi padre enamorado que embarazaba y tenía hijos varones, de la desgracia de mi madre «una santa»; así empezamos a saber, hasta la hora de su muerte por sobredosis que a nosotras nos parecía ocurrida mucho antes, con la primer jaqueca.

El día de la boda el árbol mecióse orgulloso dejando caer hojitas sobre las mesas largas ante las que nos sentamos a comer, yo inquieta por el vestido del color del champaña lleno de voces de tafeta. Ella logró el momento exacto de la mujer bonita sin

ropa de chico, auroleada con velos y azahares. De Gonzalo y su figura mejor hay que callar: nunca lo vi tan seriamente pulcro y señor, tan solemne con traje negro y sus ojos de circunstancia que al encontrarse con los míos me echaban el discurso de rigor en el sarcasmo y terminaban la alianza cerrándose el derecho como una promesa cómplice. Eugenia llevó a la cama a Gonzalo y se embarazó yo creo que ella misma. La solución esperada, la prisa y el matrimonio. Muchas mujeres lo intentaron sin el logro; ellas no tuvieron a mi padre Joaquín, su amor por nosotras y por Gonzalo, sus cuidadosas venganzas exhibidas, la riqueza, claro está, y el porvenir.

Fueron gemelos: niño y niña. Eugenia interpretó el inesperado y bien planeado papel protagónico de la esposa embarazada llena de esperanzas, de la madre implacable en horarios para biberones, baños, paseos y tiempos pequeños para besar y ser besados. Gonzalo y yo intentábamos arrancarlos de las garras acuciosas de Eugenia que parecía haber perdido el buen humor aventándonos fuera del cuarto y de la casa: «¡Váyanse al cine y no estorben!» Gonzalo me toma de la mano como habría de hacerlo casi a lo largo de toda mi vida, y me jala hasta el auto, a nuestra propia existencia de conciliábulos, pactos, hermanos con deseos y su tristeza honda que ya calaba, dolía.

–¿En qué piensas, Gonzalo?

–En nada. Siempre se contesta eso si se está lleno a reventar de pensamientos, como yo. No sé qué hacer con tu hermana. Mira: ya no hablo de su ansiedad que tú conoces, de su modo tan digamos

poco íntimo, como si tuviera miedo de darse, tan poco doméstico, has de cuenta que es dueña de una casa de huéspedes y se come a tal hora, se duerme –y lo que te conté– a tal otra (nunca en las mañanas porque los niños pueden vernos); ni hablar de sus manías (así esté helando no puedes meterte con ella a la cama si traes calcetines) su desbocada manera de gastar (tiene ochocientos pantalones, suéteres, boinas y sacos, todos caros, todos iguales) su odio por los matrimonios, hartaduras que yo comparto, sí es cierto, y me carcajeo de ellos contigo, digamos, pero no es posible ir a un lugar, como ayer con los Godínez y soltar delante de las señoras recién casadas, desaboridas, que tú no toleras, esta frase: «El doctor Perches (quien allí estaba por supuesto) es el único que nos conoce las nalgas a todas las aquí presentes»... la gente se quedó patitiesa y nada más Perches le contestó la estupidez de «¡Ah qué Eugenia... genio y figura!» yo, no te rías, procedía al disimule. Estoy muy cansado.

Nos doblábamos de la risa los dos imaginando a mi hermana de enagua, pipa y antejo, declarando tamaña barrabasa en medio de las cursis burguesas aterrorizadas del mundo que las devoraba con la lentitud debida. Eugenia tuvo la manía de exagerar –como yo– y el amor por Gonzalo la hizo muy poco popular en «sociedad». Vertiginoso y con un temor evidente, su amor la envolvió sin descanso hora a hora; amor de regla de tres, contado afuera de la cama y devorador entre las sábanas. Gonzalo salía de allí hambriento, y hablando textualmente jamás fue saciado con los alimentos terrestres, ya que Eugenia sirvió puros platillos saludables y es-

calofriantes: sin sal, tibios, desgrasados, y del cocido, es decir: caldo con pollo, dos filas de granos de elote, una zanahoria y dos hojas de col, pasó a ofrecer verdulería total tachando de sus menús carnes, pescados, leche, queso. Eugenia tenía pavor, eso era. Muchas veces quise hablar con ella y me contestó: «¡Acuéstate con Gonzalo para que veas lo que es descubrir el paraíso y saber que lo vas a perder mañana! ¿Qué tiene que ver eso con negarse a comer cadáveres de animales?... Yo no voy a cambiar, no puedo; mientras hagamos bien el amor. ¿Qué crees que no me doy cuenta cómo se insinúan mis amigas y cuánta mujer hay en el planeta con él? Esta pena, Pura, no se la deseo a nadie, hasta a ti te gusta, así que puedes entender muy bien lo que siento...»

–¡Pura! ¡Pura!...

Me levanto de la duermevela despierta por completo; veo el reloj y son las siete de la mañana; abro la ventana de mi cuarto que da directamente a la calle (mi cuarto es toda mi casa de mujer sola). Afuera grita la voz de Eugenia mi nombre con la misma exigencia desde que nacimos. La miro y comprendo todo.

Tiene el rostro sangrando, la piel, rasgada por las uñas, se abre y sangra; los ojos hinchados de llorar y de ser golpeados, mañana serán negros. Se tapa con una mascada. Yo estoy junto a ella y le digo:

¡Te volviste a herir!

–Sí... acompáñame a Cuernavaca a ver si me calmo.

–¡Eugenia! no puedes seguir así... ¡no puedes destrozarte la cara de esa forma inclemente! ¿Qué te pasa? ¿Qué te hizo Gonzalo?

Ese día llegamos en cuarenta minutos a la casa de Cuernavaca. Yo iba en camión y en bata. Eugenia, de pantalones y suéter manejó sin decir una palabra limpiándose lágrimas, hilillos de sangre y mocos. Las golpizas a sí misma empezaron el día en que Gonzalo, enterado del embarazo, escapó por la tangente del viaje a Europa; Eugenia tuvo un acceso de llanto que por primera vez se agredió sin que yo pudiera detenerla primero en la parálisis del espectáculo y luego en la lucha con las fuerzas de reata, de cable, de lobo que Eugenia demostraba acuchillando sus ojos, las mejillas, y pegando con los puños corajudos sus pechos sollozantes.

–Por favor, Eugenia, ve a un médico, divórciate, sepárate de Gonzalo, ámame un poco, quíerete, mi amor.

–Gonzalo me engaña, lo sé, y voy a combatirlo en su propio idioma, tú verás, tú verás.

De ese momento en adelante, como dicen los cuentos, la casa de Eugenia fue el amor de la regla de tres.

Y yo me empecé a ir. Una beca fuera del país. El regreso a enterrar a mi padre. La venta de la casa maravillosa con nuestro árbol (con la condición de que no se le tocara y eso consta en acta), la recepción acompañada de Gonzalo pues Eugenia «no puede venir... ya sabes...», y la vida mía incursionando por medios días en la de Eugenia, sus hijos tan solitarios y silenciosos jugando por horas en el jardín, la ausencia del marido y mi comentario «nadie puede comer en donde no hay comida... en una casa de juguetes con sillitas, silloncitos y excusaditos para un Gulliver que no desea dejarse enredar, enhilar ¿qué no ves, Eugenia, potrillo mío, que allá

afuera está todo lo que tu prohíbes en esa asepsia enfermiza que te rodea?... tu mesa es de carmelitas descalzas, vives como asceta vestida por Dior, tu estufa florece de tulipanes y basta mirarla llena de cuadritos, acuarelas, flores de papel chaquiras y tolditos para saber que allí nunca han sido cocinados chilaquiles, moles, huachinangos al ajo ni nada que se le parezca y que tanto ama tu marido! ¿Tú crees que una cama que huele a rosas, un baño de porcelana, dos niños hablando inglés, y una esposa que ofrece galletas de animalitos para cenar pueden atraer a alguien como Gonzalo, sensorial, sanguíneo, alegre, lleno de la pasión que le adivinamos bajo su indiferencia? ¿Pues qué estás haciendo allí nada más sobrevolando los problemas reales?»

Eugenia se volvió una máquina de reloj precisa, sucinta y aterradora. Tuvo amigas íntimas por etapas, las que duraba la pasión de Gonzalo: todos sabíamos que él se acostaba con ellas. Yo me hundí en mis problemas de vida, es decir en el trabajo, el amor, el fracaso, en fin, ustedes ya se imaginan si me pusiera a contar mi historia barroca no acabaríamos nunca. Mi potrillo siguió compartiendo a su hombre y su hombre solitario y triunfador se quejaba conmigo.

–¿Cómo le haces, Gonzalo, con tantas amanti-
tas? ¿Qué no te aburren? ¿No te desgastan?... además dice mi hermana que cumples brillante con lo que te platicué... solamente conmigo no.

–Pura, habladora... habladorcita... porque usted no quiere, mi Purita... No se meta usted en lo que no le importa, doña Pureza... su hermana está bien y yo no, si lo quiere usted saber... todo está bien menos yo.

Una mañana al ir manejando por el viaducto algo familiar me faltó, como el resuello, como si hubiera amanecido calva... al pasar por donde fue mi casa... las ramas del árbol no estaban. Lo supe sin necesidad de salir volando de la vía rápida, enfrenar, y correr al terreno: lo habían derribado. Mi árbol yacería humillado como un rey viejo. Era el principio. A las pocas horas avisaron a mi despacho del accidente: Gonzalo regresaba de Querétaro y al fallarle el automóvil en plena noche, se bajó a inspeccionar una llanta trasera que aparentemente era la causa de lo que fuera... Un camión se estrelló con el auto y lo prensó matándolo. Todo precipitose, duelos continuos detenidos de la mano, eslabones, estallidos atómicos; mi hermana intentó suicidarse en el mejor estilo teatral: vestida de blanco y cortándose una muñeca, solamente una, dejando salir la sangre sobre la falda de muselina. La salvamos, naturalmente y naturalmente su lindísima razón de fuego empezó a temblar más que nunca. Me fui a vivir a su casa, cerca de los chicos y por primera vez comimos deleitosos descubrimientos del recetario de mi abuela. Eugenia, fumando, bebiendo, engordando, perdiéndose en un pasado que se resistía a entender su valor de humo, de sueño, era sin embargo, lo es, una alegría demencial encantadora. «Soy (decía) una loca mansa» «tu potro cojo» «tu niñito loco». «El día que tumbaron el árbol» fue la contraseña para el antes y el después de Gonzalo. Pero, lo extraordinario en mi dolor, pues la verdadera dejada en el mundo era yo, la abandonada de Gonzalo, fue cómo lo fui encontrando paso a

paso a lo largo de los años y cada vez más ardiente, más real, más asombroso: siempre caía en ello y de la ira ha quedado en la risa el tesoro que él me enseñó a juntar con sus guiños de ojos, su dulce proposición mentirosa, la promesa no cumplida: mujer que yo encontraba, mujer que hablaba conmigo, mujer que llegaba a la confidencia como un deber, un recuerdo a Gonzalo puesto que le fui tan fiel y tan cercana; mujer tras mujer, fueron confesando sin tregua ni recato, tal un orgullo de hermandad, una secta prodigiosa de placer, cómo poseyeron y fueron poseídas por él «en mi casa cuando salía mi marido» «en los juzgados cuando se quedaba conmigo a buscar un expediente» «en el avión rumbo a Houston para visitar a mi esposo que lo operaron ¿te acuerdas?». Gonzalo tuvo múltiples mujeres que recibieron de él un amor fiel durante años. Fue de veras el consuelo de muchas, el iniciador, el consumidor, el madurador, el gran enorme amante que satisfizo hambres y apetitos sin fallar, sin traicionar; el follador que reía, bromeaba, y se sentaba despatarrado en todos los sofás de su tamaño, normales, a medio vestir o desvestir; un Gonzalo comedor de campechanas dentro de la cama; un Gonzalo que gritaba de alegría e iba trabajando el sexo con ternura inagotable, un Gonzalo nacido para darle gusto a las mujeres hasta el fondo, viril y cumplidor, casado con el «Potro», mi hermana pequeña que quiso ser la única a su modo y estilo. Mi hermana Eugenia. 🐻

* Tomado del libro *Ojos de papel volando*. María Luisa Mendoza. Joaquín Mortiz y Gobierno del estado de Guanajuato. México, 1990.